



MI COMPADRE ‘MANOLO’ EL FILÓSOFO DE LA CABALLEROSIDAD

DR. LUIS FERNANDO VALERO IGLESIAS
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
luisfvaleroiglesias@gmail.com

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ EN SU OBRA *Vivir para contarla* afirma: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”, quizás esta frase me sirva de referencia para poder hablar de ‘Manolo’. Oficialmente: el Doctor Manuel Domínguez Miranda, pues no podemos olvidar que estamos en la academia y que él fue un brillante y excelente académico.

Son tantas las cosas que me embargan y los recuerdos que se agolpan en mi memoria, que me ha costado decidirme a saber cómo empezar. Son pequeños detalles los que se introducen en mi mente, como aquel andar desgarbado que tenía o que fue la primera persona que nos acogió a mi esposa y a mí, acá en Bogotá, o cómo cada día se llegaba a casa cuando yo estaba acá en la Javeriana en clase y lavaba todos los trastes de cocina que mi esposa embarazada no era capaz de hacer, pues pasaba más tiempo con algunos problemas derivados de su embarazo. Son tantos los gestos de bondad y de bonhomía de ‘Manolo’ que, sinceramente, yo que te tenido la suerte, ya soy viejo, de conocer gente maravillosa: he sido amigo de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, hoy ya el Beato Romero; he sido amigo íntimo de Ignacio Martín Baró, mártir de la revolución salvadoreña; mi confesor era el padre Amando López, también mártir asesinado por las hordas militares criminales del ejército salvadoreño; he sido amigo de Guillermo Manuel Ungo, presidente de la República de El Salvador; de Ignacio Ellacuría; de Luis de Sebastián; créanme, salvando las distancia y, cada uno en su ámbito, eran personas que el estar con ellos te enriquecía, pero el estar con ‘Manolo’ era

algo especial por su saber estar, su serenidad, su afecto, su entrega; era una persona que te hacía la vida fácil; en una palabra: te ayudaba a ser mejor persona.

Conocí a ‘Manolo’ en 1965; entonces yo era un joven de 25 años recién egresado de la facultad que decidió ser inmigrante y salir de aquella España de Franco, y que conste: mi padre era militar; por lo tanto, mi vida no tenía ningún problema, y yo ya era maestro por oposición, es decir ya era funcionario público, pero... ya se sabe que la juventud tiene la desventaja de que la experiencia se consigue luego. Hoy, al cabo de tantos años, soy un convencido de que el venir a Iberoamérica me ayudó a ser otro y a ser persona, no me arrepiento, aunque debo reconocer que el año que estuve en el Bogotá en aquella ocasión fue duro, muy duro, pero, afortunadamente, tuvimos a nuestro lado a ‘Manolo’.

Tanto es así que en agosto de aquel año, cuando nació mi hijo, ‘Manolo’ fue el padrino. El otro día, cuando le comenté que hacían este homenaje, me dijo: “Qué maravillosa persona era mi padrino, papá”.

‘Manolo’ era lo que en España llamamos con todo sentido genérico un caballero español; es decir, una persona recta, sincera, generosa, coherente, de la que te puedes fiar porque nunca te haría una trastada, ni te traicionaría. Manuel García Morente, filósofo que todos ustedes conocen, decía estas cualidades definiendo al caballero español: una clara personalidad, vive con fuerza su vocación y su vida, une la creación y la acción, tiene tesón pero sin testarudez, tenaz pero con nobleza de honda convicción, pero honrado a carta cabal.

No sé si me puede la emoción, pero yo le veía todas estas cualidades a ‘Manolo’. Era un caballero en el pleno y total sentido de la palabra, tal como lo muestra la quinta acepción de la palabra en el diccionario de la Real Academia: hombre que se porta con nobleza y generosidad.

Me llevaba seis años, él nació en 1933, precisamente ayer hubiera cumplido 82, yo nací en el 39, por lo que muchas veces le dije: “para mí eres mi hermano mayor”, se reía y yo decía: “eso es muy importante, ‘Manolo’”, yo soy el mayor en mi familia y le llevo a mi hermano 10 años, “así que ya sabes, hermano mayor. Bueno; está bien, dejémoslo en amigo mayor”.

En 1966 me fui a El Salvador; como les he comentado, no fue buena mi estadía Bogotá. ‘Manolo’ nos acompañó a El Salvador, nos íbamos a la aventura, solo porque Martín Baró y otros jesuitas que conocí aquí en Bogotá me dijeron

que abrían una universidad nueva en El Salvador y que si yo iba allí podrían darme clases, a lo que ‘Manolo’ dijo: “os acompaño, así conozco un país nuevo”, allí nos fuimos y estuvo unos días.

Mi esposa tenía miedo a volar, y más si hablamos que en 1966 viajamos desde San Andrés en un Curtiss de la guerra mundial, adaptado a pasajeros y que tenía trapos en las ventanas para tapar el aire. Nunca olvidaremos ese viaje que era: San Andrés, San José de Costa Rica, Tegucigalpa, San Salvador.

A las palabras de mi esposa “¡Ay ‘Manolo’, qué nos va a pasar!”, ‘Manolo’ respondía, con esa ironía filosófica que sacaba en los momentos que se necesitaba: “Nada, Rosa. Iremos más ventilados”. Él era el encargado de llevar el coche de mi hijo Fernando, que lo usábamos de maleta de carga llena de libros y cosas porque no teníamos dinero para pagar sobrepeso, y como la carga de aquel coche era impresionante, ‘Manolo’ se las veía para hacer como que era un carrito normal de niño. Aquel viaje fue toda una aventura que no sé cómo lo podríamos haber hecho sin la ayuda de ‘Manolo’.

Siempre estuvimos en contacto y cuando se casó, en junio del 1968, le propuse que de viaje de luna de miel fuera a El Salvador. Para entonces, afortunadamente, había tenido suerte, y con mi esposa, también pedagoga, habíamos creado un colegio para niños con deficiencia en el que teníamos entre los alumnos a un hijo del Presidente de la república, así que estábamos muy bien y con buenas relaciones. Esto me permitió, Zoila se acordará, tenerles preparada en el lago de Ilopango una mansión con embarcadero propio y un yate en el que se fueron los novios. Nosotros, mientras tanto, estábamos felices de que pudieran gozar de aquel viaje en condiciones idílicas y tropicales.

La vida siguió y, aunque él dedicado a hacer en aquellos años una filosofía enraizada en la realidad de contexto más cercano, pero de eso saben ustedes mucho más que yo, nos mantuvimos en contacto. A veces nos encontramos acá en Bogotá, pues él me invitó varias veces a dar algunos cursos en la Javeriana y en ocasiones yo venía, también, a congresos y a otras universidades del país. Así que cuando nos encontrábamos solíamos hablar de nuestro amor por estas tierras y de todo lo que nos había dado.

En 1975 por fin él pudo ir a El Salvador, donde estuvo hasta 1979 en aquella universidad que nació en 1965 y que ya en aquellos 10 años había alcanzado una presencia social importante. En 1969 se fundó la Facultad de Ciencias del Hom-

bre y de la Naturaleza, con las carreras de Filosofía, Psicología y Letras. ‘Manolo’ llegó allí a impartir su concurso y a fortalecer con su sabiduría el proyecto de aquella facultad, que ya había firmado, en octubre de 1970, con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la implementación de un proyecto para que la Universidad insistiera en la investigación e influyera en la sociedad, pero todo ello en el contexto del desarrollo social, que entonces se llamaba desarrollismo. Así, se fueron estableciendo las bases para:

- Introducir al estudio de aquellos grandes temas que desde siempre han ocupado a la filosofía: el ser humano, la realidad, el conocimiento y los valores.
- Demostrar que esos temas continúan siendo problemas fundamentales de estudio para la filosofía.

Y a nivel de doctorado:

- Potenciar la reflexión filosófica sobre los problemas que aquejan a Centroamérica, Latinoamérica y a las grandes mayorías de la humanidad y desarrollar un pensamiento crítico y vigoroso que dignifique a los países pobres.
- Preparar profesionales y docentes universitarios del más alto nivel académico y la mayor capacidad investigativa en el área de la filosofía iberoamericana.
- Contribuir filosóficamente con las comunidades científicas y académicas a la búsqueda de alternativas para América Latina y las mayorías pobres del mundo.

De aquello se cimentó la obra que ustedes conocen: “El pensamiento filosófico en Centroamérica, siglos XVII y XVIII” publicado en libro *La Filosofía en la América Colonial*, compilado por Mauricio Beuchot y Germán Marquínez en 1996.

‘Manolo’ fue siempre una persona rigurosa; prueba de ello fue que en el último viaje que hizo a España, unos seis o siete años después de que yo tuviera que salir de El Salvador en 1980, pues siendo el Director del Centro de Proyección Social de la UCA me pusieron una bomba en casa; ustedes saben que aquellos fueron años difíciles no solo en El Salvador sino en varios países de Iberoamérica, estuvimos trabajando sobre el papel que jugaron los jesuitas en la construcción de la Universidad de Cervera que creó Felipe V en 11 de mayo 1717. Derivado

de ello, durante 123 años Barcelona no tuvo estudios superiores, siendo la Universidad de Cervera la que aglutinaba ese saber universitario, ello fue debido a que Barcelona hizo traición a Felipe V, ya que apoyó a su contrincante: el archiduque Carlos. Como consecuencia de ello, Felipe V abolió todos los privilegios a los catalanes, sus instituciones y leyes propias, e instauró el centralismo total y premió a las ciudades que le habían sido fieles, como Cervera y Tarragona. Pero bueno, más allá de esto, estuvimos con ‘Manolo’ investigando a Josep Finestres y Monsalvo de Monsalvo, un prestigioso jurista e historiador español.

No quisiera terminar sin recalcar, una vez más, la calidad humana de ‘Manolo’. La última vez que hable con él fue el año pasado por estas fechas, donde ya era evidente su deterioro neuronal. Aun así me acuerdo que le pregunté, animándolo a que me contestara: “‘Manolo’, ¿qué te dice a ti la palabra Kant?”, tardo un poquito y me dijo al final: “La razón crítica”. “¿Y Sócrates?”, le pregunté otra vez. “La ética, Fernando, la ética”.

Si algo me ha aportado la amistad con ‘Manolo’ ha sido su saber estar en el mundo y aceptar que todo puede enfrentarse con calma y serenidad. Por ello, creo que ‘Manolo’ no ha muerto y sigue aquí con nosotros, pues como dicen sobre el ausente los rabinos al terminar un funeral: “Que su memoria sirva de bendición”. Eso siento yo, una bendición al recordar a ‘Manolo’ y sé que más pronto que tarde me estará esperando para tomarnos un tintico colombiano y aquel vino dulce de su tierra que, allá en su Málaga natal, llaman quita penas. Hasta pronto, ‘Manolo’.